

UN RATO DE CHARLA

HÉTENOS ya en el segundo año de nuestra publicación.

A seguir la moda hoy dominante, tendría que manifestar yo ahora que con tal motivo me siento poseído de entusiasmo, que os saludo con entusiasmo, que vosotros habéis acogido con entusiasmo mis lucubraciones, y que, poseídos todos de entusiasmo, continuaremos (con entusiasmo) la senda que hemos emprendido desde un principio con no menor... entusiasmo.

¡Quién lo diría! En estos tiempos, tachados por algunos de escépticos y descreídos, es cuando mayor consumo de entusiasmo se ha hecho nunca. Somos unos hombres verdaderamente entusiásticos.

(Y lo bueno es que con tanto entusiasmarse nadie ha aprendido todavía que es un disparate emplear como adjetivo la palabra *entusiasta*, que es un sustantivo de tomo y lomo.)

Yo no alcanzo á comprender cómo con tanto y tanto entusiasmo hay quien conserva las ganas de comer; aunque, bien mirado, esos entusiasmos estallan casi siempre después de haber comido.

Con un pueblo así sería fácil todo si tales entusiasmos no fueran tan efímeros, si no pasaran como la visión de Job: *sicut navis, quasi avis, velut umbra*.

El entusiasmarse es ya una necesidad cotidiana para los españoles, como el andar, el fumar y el leer *La Correspondencia*. Yo pienso que al levantarse de la cama cada ciudadano se pregunta:—A ver: ¿por quién me habré de entusiasmar hoy?

Resultado de tal manera de sentir es el singular aspecto que ha tomado el lenguaje corriente, así hablado como escrito: la hipérbole, el énfasis, la propopeya, el ditirambo, la exageración, han dejado ya de serlo para convertirse en llanas y sencillas frases.

Yo, con rubor lo confieso, creo que no hay de qué ni por qué entusiasmarnos tan constantemente, y me figuro lo que pensarán los extranjeros al vernos tan prontos á estallar en aplausos y gritos, á caer en paroxismos de béatica admiración, á ponernos poco menos que de cuatro patas para rendir tributo de inenarrable maravillación ante el grande hombre, ante la gran cantatriz, ante la gran comedia de magia, ante el gran torero, ante el gran escaparate, ante el gran plumero, ó ante el gran bombo.

Ese adjetivo de *grande* no basta, empero, para los usos corrientes de la conversación: ya casi nadie lo emplea: hay que decir *grandísimo*, *magno*, *archimagno*, *incommensurablemente superlativísimo*.

Como consecuencia de este modo de pensar, pronto habremos de renunciar á la multiplicación y dejar subsistente tan sólo la elevación á potencias.

En cuanto á mi opinión personal, es que estamos tocando el violón con tal manera de tomar las cosas, y que no hay para qué entusiasmarse en, con, por, sin, de y sobre todo, so pena de dar pruebas de tener un gusto muy fácilmente contentable y un juicio muy poco sólido cuando á tan poca costa se le hace girar como una veleta.

Recuerdo que un escritor parisiense de mucho talento y que goza de una autoridad de primer orden, M. J. J. Weiss, decía, no hace mucho, y está ya muy viejecito, que sólo se había entusiasmado dos veces en su vida. ¡Dos ve-